

distruido nunca de su pensamiento principal, y que conserva aún orgullosamente el sombrero de grandes alas y con cinta de seda de sus amos, desde el día en que la moda abandonada se lo ha dejado tomar. El amor, cuyas raíces llegaban hasta las entrañas del pueblo, que se unió violentamente á Napoleón, y que puede explicar el prodigio de su vuelta en 1815, procedía únicamente de esta idea. A los ojos del pueblo, Napoleón, unido sin cesar á él por un millón de soldados, es aun el rey salido de los flancos de la Revolución, el hombre que le aseguraba la posesión de los bienes naturales. Su consagración fué empapada en esta idea...

—Una idea á la que el 1814 ha atacado desgraciadamente, y que la monarquía debe considerar como sagrada, dijo vivamente Blondet, pues el pueblo puede encontrar cerca del trono un príncipe á quien su padre ha dejado la cabeza de Luis XVI como una herencia.

—Aquí está la señora, callémonos, dijo en voz baja el abate Brossette. Fourchon le ha causado miedo, y es preciso conservarla aquí en interés de la religión, del trono y del país mismo.

Michaud, el guarda general de los Aigues, había ido al castillo con motivo del atentado perpetrado en los ojos de Vatel. Pero, antes de relatar la deliberación que iba á tener lugar en el consejo de Estado, el encadenamiento de los hechos exige la narración sucinta de las circunstancias en que el general había comprado los Aigues; causas graves que hicieron de Sibilet el administrador de aquella magnífica propiedad, razones que contribuyeron al nombramiento de Michaud como guarda general, y por fin, los antecedentes á que eran debidos la situación de los ánimos y los temores expresados por Sibilet.

Este rápido resumen tendrá el mérito de introducir algunos de los principales actores del drama, enumerar sus intereses y hacer comprender los peligros en que se encontraba entonces el general, conde de Montcornet.

CAPÍTULO VI

"ALFONSO REYES"

UNA HISTORIA DE LADRONES de 1625 MONTERREY, MEXICO

Hacia el año 1791, visitando sus posesiones, la señorita Laguerre aceptó por intendente al hijo del ex baile de Soulanges, llamado Gaubertin. El pueblecito de Soulanges, hoy simple cabeza de partido, fué la capital de un condado considerable en los tiempos en que la casa de Borgoña peleaba contra la casa de Francia. La Ville-aux-Fayes, asiento hoy de la subprefectura, sencillo feudo, dependía entonces de Soulanges, lo mismo que los Aigues, Ronquerolles, Cerneux, Conches y quince parroquias más. Los Soulanges siguen siendo condes, mientras que los Ronquerolles son hoy marqueses, gracias á esa potencia llamada corte, que hizo duque al hijo del capitán del Plesis, antes que á las primeras familias de la conquista. Esto prueba que los pueblos sufren, como las familias, grandes variaciones de destino.

El hijo del baile, muchacho sin fortuna alguna, sucedía á un intendente enriquecido gracias á una gestión de treinta años, y que prefería la tercera parte en la famosa compañía Minoret á la administración de los Aigues. En su propio interés, el futuro proveedor había presentado para administrador á Francisco Gaubertin, mayor de edad, secretario suyo á la sazón, desde hacía cinco años, encargado de proteger su retirada, y que, en agradecimiento á las instrucciones recibidas de su amo en intendencia, le prometió obtener un *finiquito* de la señorita Laguerre, que estaba muy asustada con la Revolución. El antiguo baile, que pasó á ser acusador público del departamento, fué el protector de la miedosa cantante. Este Fouquier-Tinville de provincias, preparó una falsa sedición contra una reina del teatro, evidentemente sospechosa á causa de sus relaciones con la aristocracia, para dar á su hijo el mérito de una salvación postiza, gracias á la cual obtuvo el *finiquito* del predecesor. La ciudadana Laguerre hizo entonces de Francisco Gaubertin su primer ministro, tanto por política, como por agradecimiento.

El futuro proveedor de víveres de la República tenía bien

acostumbrada á la señorita; le entregaba en París unos treinta mil francos al año, aunque los Aigues tuviesen que dar en este tiempo cuarenta por lo menos. La ignorante hija de la Ópera quedó, pues, maravillada cuando Gaubertin la prometió treinta y seis mil.

Para justificar la fortuna actual del administrador de los Aigues ante el tribunal de las probabilidades, es necesario explicar sus principios. Protegido por su padre, el joven Gaubertin fué nombrado alcalde de Blangy. Pudo, pues, obligar á que le pagasen en dinero, á pesar de las leyes, *terrorizando* (palabra de aquella época) á los deudores que podían, á su antojo, ser ó no atacados por los terribles requerimientos de la República. El administrador pagó á sus gentes en papel moneda mientras duró el curso de él, lo cual, si no contribuyó á hacer la fortuna pública, contribuyó al menos á formar muchas fortunas particulares. Desde 1792 á 1795, durante tres años, el joven Gaubertin ahorró en los Aigues ciento cincuenta mil francos, con los cuales operó en la plaza de París. Cargada de papel moneda, la señorita Laguerre se vió obligada á reducir á dinero sus diamantes, que, por otra parte, le eran inútiles, y se los entregó á Gaubertin, el cual se los vendió trayéndole fielmente su importe en dinero. Este rasgo de probidad fué muy agradecido por la señorita, que creyó desde entonces en Gaubertin como en Piccini.

En 1796, época de su casamiento con la ciudadana Isaura Mouchon, hija de un antiguo convencional amigo de su padre, Gaubertin poseía trescientos cincuenta mil francos en dinero; y, como le pareció que el Directorio tenía que durar, quiso, antes de casarse, que la señorita le aprobase las cuentas de los cinco años que llevaba desempeñando su empleo, pretextando una nueva era, y diciéndole:

—Seré padre de familia; ya sabéis la mala reputación de los administradores; mi suegro es republicano de una probidad romana, y, por otra parte, hombre influyente; quiero probarle que soy digno de él.

La señorita Laguerre aprobó las cuentas de Gaubertin en los términos más halagüeños.

En los primeros años, para inspirar confianza á la señora de los Aigues, el administrador procuró reprimir á los aldeanos, temiendo, con razón, que las rentas no sufriesen con sus devastaciones y que los próximos alboros del

comprador de leña no fuesen menores; pero en aquella época, el pueblo soberano lo consideraba todo como suyo; la señora tuvo miedo á sus reyes viéndoles tan de cerca, y dijo á su Richelieu que, ante todo, quería morir en paz. Las rentas de la antigua cantante eran tan superiores á sus gastos, que dejó que se estableciesen los más funestos precedentes. Así es que, para no pleitear, fué objeto de las usurpaciones de sus vecinos. Viendo su parque rodeado de muros infranqueables, no temió verse turbada en sus gozes íntimos, y, como verdadero filósofo, sólo deseaba vivir en paz. Algunos miles de francos de renta más ó menos, indemnizaciones pedidas sobre el precio de arriendo por el comerciante de leña para cubrir los perjuicios cometidos por los aldeanos, ¿qué valía todo aquello á los ojos de una hija de la Ópera, pródiga, indolente, á quien cien mil francos de renta sólo habían costado placer, y que acababa de sufrir, sin quejarse, la reducción de las dos terceras partes de sus rentas que ascendían á sesenta mil francos?

—¡Eh! ¡qué diantre! decía con aquella indiferencia propia de las impuras del antiguo régimen; es preciso que todo el mundo viva, hasta la República.

La terrible señorita Cochet, su camarera y su visir hembra, había intentado instruirla, viendo el imperio que Gaubertin tomaba sobre la que ella llamaba ante todo señora, á pesar de las leyes revolucionarias sobre la igualdad; pero Gaubertin instruyó, por su parte, á la señorita Cochet, mostrándole una denuncia, que decía habían enviado á su padre, el acusador público, y en donde ella estaba vehementemente acusada de mantener correspondencia con Pitt y Cobourg. Desde entonces, estas dos potencias se entendieron, y la Cochet alababa á Gaubertin delante de la señorita Laguerre, como Gaubertin alababa á la Cochet. Por otra parte, la camarera tenía hecho ya su agosto con el testamento de la señora, que la dejaba sesenta mil francos. Tan acostumbrada estaba á ella, que la señora no podía pasarse sin la Cochet. Esta muchacha conocía todos los secretos del tocado y afeite de su querida señora; tenía el talento de dormirla por la noche, contándole mil cuentos, y de despertarla por las mañanas con palabras halagüeñas; por fin, hasta el día de su muerte, no encontró nunca cambiada á su querida señora, y, cuando ésta estuvo en su ataúd, debió parecerle, sin duda, mejor de lo que la pareció nunca.

Las ganancias anuales de Gaubertin y las de la señorita Cochet, sus sueldos respectivos y sus intereses llegaron á ser tan considerables, que los parientes más afectuosos no hubiesen mostrado más apego que ellos á aquella excelente criatura. Imposible es comprender lo mucho que el bribón acaricia á aquel á quien engaña. Una madre no es tan cariñosa ni tan previsora para una hija adorada, como lo es un hipócrita con aquel á quien explota. ¡Cuántos éxitos tienen las representaciones de Tartufo (1), hechas á puerta cerrada! Molière ha muerto demasiado pronto, pues no hubiese mostrado la desesperación de Orgon, aburrido por su familia, molestado por sus hijos, echando de menos las alabanzas de Tartufo, y diciendo: «¡Qué buenos tiempos aquellos!»

En los ocho últimos años de su vida, la señorita Laguerre sólo percibió treinta mil francos de los cincuenta mil que daban las tierras de los Aigues. Como se ve, Gaubertin había llegado al mismo resultado administrativo que su predecesor, á pesar de que los alquileres y los productos territoriales habían aumentado notablemente desde 1791 á 1815, sin contar las continuas adquisiciones de la señorita Laguerre. Pero el plan formado por Gaubertin, para heredar los Aigues á la cercana muerte de la señora, le obligaba á mantener aquella magnífica tierra en un estado patente de depreciación respecto á las rentas ostensibles. Iniciada en aquella combinación, la Cochet tenía que participar de sus beneficios. Como en los últimos años de su vida, la ex reina del teatro, con más de veinte mil francos de renta, gastase apenas los dichos veinte mil francos al año, se asombraba de las adquisiciones anuales hechas por su administrador para emplear los fondos disponibles, ella, que en otro tiempo no tenía bastante con las rentas. El efecto de las pocas necesidades de su vejez, le parecía resultado de la probidad de la señorita Corchet y del señor Gaubertin.

—¡Dos perlas! decía á las personas que iban á verla.

Por otra parte, Gaubertin guardaba en sus cuentas las apariencias de probidad. Llevaba exactamente en cuenta el importe de los alquileres. Todo aquello que había de llamar la atención de la corta inteligencia de la cantante en mate-

(1) Personaje de una obra de Molière, con que este autor procuró representar al hipócrita.—(N. del T.)

ria de aritmética, estaba claro, limpio y preciso. El administrador sacaba sus beneficios de los gastos, de los fondos dedicados á la explotación, de las ventas que estaban sin cerrar, de las obras, de los procesos que inventaba, de las reparaciones, detalles que nunca inspeccionaba la señora, y cuyos gastos llegaba él á doblar de acuerdo con los contratantes, cuyo silencio compraba con precios ventajosos. Esta benevolencia procuraba á Gaubertin la estimación pública, y las alabanzas de la señora salían de todas las bocas; pues, además de su esplendidez en pagar los trabajos, ella hacía muchas limosnas en dinero.

—¡Que Dios conserve muchos años á la buena señora! era la palabra de todo el mundo.

En efecto, todos obtenían algo de ella, directa ó indirectamente. En venganza de su juventud, la anciana artista era completamente saqueada, y tan bien saqueada, que todo el mundo ponía cierto cuidado, á fin de que las cosas no fuesen tan lejos que ella abriese los ojos, vendiese los Aigues y se volviese á París.

Este interés del robo fué, ¡ay de mí! la causa del asesinato de Pablo Luis Courier, que cometió la falta de anunciar su proyecto de llevarse á su mujer y de vender sus tierras, que daban de comer á muchos Tonsard de Touraine. En este temor, los merodeadores de los Aigues no cortaban un árbol joven más que en último extremo, cuando no veían ya ramas á la altura de las hoces atadas al extremo de una vara. Se hacía el menor daño posible en interés del robo mismo. No obstante, durante los últimos años de la vida de la señorita Laguerre, la costumbre de ir á coger leña se había convertido en el más desvergonzado abuso. En ciertas noches claras, se robaban, por lo menos, doscientos haces. Con la siega y la vendimia los Aigues perdían, como lo ha demostrado Sibilet, la cuarta parte de sus productos.

La señorita Laguerre había prohibido á la Cochet que se casase mientras ella viviese, á causa de ese egoísmo que observan muchas dueñas con sus criadas, egoísmo del que existen muchos ejemplos en todos los países, y que no es más absurdo que la manía de guardar, hasta el último suspiro, bienes completamente inútiles para la dicha material, con riesgo de hacerse envenenar por herederos impacientes. Así es que, veinte días después del entierro de la señorita Laguerre, la Cochet se casó con el cabo de la gendarmería

de Soulanges, llamado Soudry, buen mozo, de cuarenta y dos años, el cual, desde 1800, época de la creación de la gendarmería, iba á verla casi todos los días á los Aigues, y comía lo menos cuatro veces por semana con ella y con los Gaubertin.

La señora, durante toda su vida, tuvo una mesa servida para ella sola, ó para ella y sus huéspedes. A pesar de su familiaridad, ni Cochet ni Gaubertin fueron admitidos nunca á la mesa del primer miembro de la Academia real de música y de baile, que conservó hasta su última hora sus costumbres de tocado y afeitado, su etiqueta, su colorette y sus babuchas, su coche, sus criados y su majestad de diosa. Diosa en el teatro, diosa en la ciudad, siguió siendo diosa en el interior de los campos, en donde su recuerdo es aún adorado, y conserva la corte de Luis XVI en la mente de la primera sociedad de Soulanges.

Este Soudry, que desde su llegada al país hizo la corte á la Cochet, poseía la casa más hermosa de Soulanges, que valía unos seis mil francos, y la esperanza de cuatrocientos francos de retiro el día en que dejase el servicio. Al pasar á ser la señora Soudry, la Cochet gozó en Soulanges de gran consideración. Aunque guardase un absoluto secreto sobre el importe de sus economías, colocadas, como los fondos de Gaubertin, en París, en casa del comisionista de los comerciantes de vino del departamento, un tal Leclercq, hijo del país, con el que el administrador formó sociedad en comandita, la opinión general atribuyó á la antigua camarera una de las primeras fortunas de aquel pueblecito, que tenía mil doscientas almas próximamente.

Con gran asombro del país, el señor y la señora de Soudry legitimaron, en su acta de matrimonio, á un hijo natural del gendarme, á quien, desde entonces, debía pertenecer la fortuna de la señora de Soudry. El día en que este hijo adquirió oficialmente una madre, acababa la carrera de derecho en París y se proponía inscribirse en el colegio para ejercer la abogacía.

Es casi inútil advertir que la mutua inteligencia de veinte años había engendrado una sólida amistad entre los Gaubertin y los Soudry. Unos y otros, hasta el fin de sus días, tenían que considerarse *urbi et orbe*, como la gente más honrada de Francia. Este interés, basado en el reconocimiento recíproco de las manchas secretas que ensuciaban la

blanca túnica de sus conciencias, es uno de los lazos más difíciles de desatar aquí abajo. Vosotros mismos, los que leéis este drama social, estáis tan ciertos de esto, que, para explicaros la continuidad de ciertos sacrificios que hacen enojecer de vergüenza á vuestro egoísmo, decís á veces de dos personas: «Por fuerza han cometido algún crimen juntos».

Después de veinticinco años de gestión, el administrador se veía dueño de seiscientos mil francos en dinero y la Cochet de unos doscientos cincuenta mil. El ágil y perpetuo manejo de estos fondos, confiados á la casa Leclercq y compañía, del muelle de Bethune, en la isla de San Luis, antagonista de la famosa casa Grandet, ayudó mucho á la fortuna de este comisionista en vinos y á la de Gaubertin. A la muerte de la señorita Laguerre, Juana, hija mayor del administrador, fué pedida en matrimonio por Leclercq, jefe de la casa del muelle de Bethune. Gaubertin acariciaba entonces la idea de llegar á ser dueño de los Aigues por medio de un complot urdido en el estudio de maese Lupin, notario establecido por él hacía ya doce años en Soulanges.

Lupin, hijo del último administrador de la casa de Soulanges, se había prestado á dar malos informes del terreno, á hacer una tasación inferior en un cincuenta por ciento á su valor, á dar las subastas por verificadas sin haberlo sido, y á todas las maniobras, desgraciadamente tan comunes en provincias, para adjudicar la finca al menor coste posible. Ultimamente, dícese que se ha formado en París una compañía cuyo objeto es pedir cantidades á los factores de estas tramas, amenazándoles con pujar en la subasta. Pero, en 1816, en Francia no existía como hoy tanta publicidad; los cómplices podían, pues, contar con el reparto de los Aigues hecho secretamente entre la Cochet, el notario y Gaubertin, que se reservaba *in petto* el ofrecerles una suma para desinteresarse de sus lotes una vez que la tierra estuviese á su nombre. El procurador, encargado de formar el tribunal de subasta con Lupin, había dado palabra á Gaubertin de venderle su empleo para su hijo; de modo que favoreció esta expoliación, tanto que los once labradores picardos, á quienes esta herencia había caído de las nubes, se consideraban ya despojados.

En el momento en que todos los interesados creían hecha su fortuna, la víspera de la adjudicación definitiva, un pro-

curador de Paris fué á encargarle á un procurador de la Ville-aux-Fayes, que había sido escribiente suyo, que adquiriese los Aigues, y los obtuvo por un millón ciento cincuenta mil francos. Al llegar á un millón cien mil francos, ninguno de los conspiradores se atrevió á pujar. Gaubertin se creyó traicionado por Soudry, lo mismo que Lupin y Soudry se creyeron engañados por Gaubertin; pero la declaración del nombre del comprador los reconcilió. El procurador de provincias, aunque sospechó el plan formado por Lupin, Gaubertin y Soudry, se guardó bien de decirle nada á su antiguo amo. He aquí por qué: en caso de que se enterasen estos propietarios, al oficial de la justicia le hubiese costado trabajo permanecer en el país. Este mutismo, muy propio del hombre de provincias, quedará, por otra parte, perfectamente justificado con el transcurso de los acontecimientos de este estudio. Si el hombre de provincias es cazarro, se ve obligado á serlo; su justificación se encuentra en el peligro que corre, admirablemente expresado con este proverbio: *en donde estuvieres haz lo que vieres*, que constituye el carácter del personaje Filinto (1).

Quando el general Montcornet tomó posesión de los Aigues, Gaubertin no se consideró bastante rico para dejar su puesto. Con objeto de casar á su hija mayor con el rico banquero del Entrepot, se vió obligado á dotarla con doscientos mil francos; tenía que pagar treinta mil francos por el empleo que había comprado á su hijo; no le quedaban, pues, nada más que trescientos setenta mil francos, de los cuales tendría que sacar tarde ó temprano la dote de su última hija Elisa, para la cual esperaba él una proporción tan ventajosa como la que había conquistado la mayor. El administrador quiso estudiar al conde de Montcornet, á fin de saber si podría lograr que los Aigues se le hiciesen desagradables, contando entonces llevar á la práctica por sí solo el proyecto abortado.

Con la astucia propia de las gentes que hacen cautelosamente su fortuna, Gaubertin creyó en la semejanza, bastante probable por otra parte, del carácter de un viejo militar y de una vieja cantante. ¿Una hija de la Ópera y un viejo

(1) Filinto es un personaje del *Misántropo*, de Molière, cuyo carácter conciliador é indulgente con las debilidades ajenas, forma antítesis con el de Alceste, personaje inflexible con los pecados de sus semejantes.—(N. del T.)

general de Napoleón no debían tener las mismas costumbres de prodigalidad y la misma indolencia? Lo mismo al uno que á la otra, ¿no viene á acariciarles caprichosamente la fortuna? Si se encuentran militares astutos, ladinos y buenos políticos, ¿no es por excepción? Y las más de las veces, el soldado, sobre todo un valiente consumado como Montcornet, debe ser sencillo, confiado, novicio en negocios y poco apto para la administración de una tierra. Gaubertin acarició la idea de coger y mantener al general en la nasa en que la señorita Laguerre había acabado sus días. Pero el emperador, por cálculo, le había permitido en otro tiempo á Montcornet que fuese en Pomerania lo que Gaubertin era en los Aigues, y el general entendía en materias de administración.

Al buscar aquel retiro, el viejo coracero quiso ocuparse de sus negocios para distraerse de su caída. Aunque hubiese entregado su cuerpo de ejército á los Borbones, este servicio, prestado por varios generales y llamado licenciamiento del ejército del Loira, no pudo lavar el crimen de haber seguido al hombre de los Cien Días á su último campo de batalla. En presencia de los extranjeros, al par de 1815, le fué imposible mantenerse en las filas del ejército, y con mayor razón en Luxemburgo. Montcornet se fué, pues, siguiendo el consejo de un mariscal caído en desgracia, á cultivar las zanahorias. El general no carecía de aquella astucia propia de los veteranos de cuchara; y, desde los primeros días consagrados al examen de sus propiedades, vió en Gaubertin un verdadero intendente del antiguo régimen, un bribón, como los que habían encontrado casi todos los mariscales y duques del tiempo de Napoleón.

Al apercibirse de la profunda experiencia de Gaubertin en la administración rural, el taimado coracero comprendió lo muy útil que le era conservar para ponerse al corriente de aquella agricultura correccional; así es que fingió que continuaba conformándose como la señorita Laguerre, y este fingido abandono engañó al administrador. Esta aparente ignorancia duró el tiempo necesario para que el general pudiese conocer la parte fuerte y débil de los Aigues, los detalles de las rentas, la manera de percibir las, el cómo y dónde le robaban, y las economías y mejoras que era necesario realizar. Después, llegó un día en que habiendo sorprendido á Gaubertin con las manos en la masa, como vul-

garmente se dice, el general fué presa de uno de aquellos arrebatos de cólera, propios de aquellos domadores de países. Cometi6 entonces una de esas faltas capitales, susceptibles de turbar toda la vida de un hombre que no hubiese tenido su gran fortuna y su poder, y de donde provinieron, por otra parte, todas las desgracias grandes y pequeñas que se relatan en esta historia. Discípulo de la escuela imperial, acostumbrado á llevarlo todo á punta de cuchillo, desdeñoso con los pequeños, Montcornet creyó que no tenía que ponerse los guantes para poner á la puerta á un intendente pillo. La vida civil y sus mil precauciones era desconocida para este general agriado ya con su desgracia; humilló, pues, profundamente á Gaubertin, el cual, por otra parte, promovió aquel tratamiento con una respuesta cuyo cinismo excitó el furor de Montcornet.

—¿Conque vivís de mi tierra? le había dicho el conde con burlona severidad.

—¿Creéis acaso que había de vivir del cielo? le contestó Gaubertin riéndose.

—¡Salid de aquí! ¡canalla! ¡os arrojo de mi casa! gritó el general dándole latigazos, que el administrador negó siempre porque los había recibido á puerta cerrada.

—No saldré de aquí sin mi *finiquito*, dijo friamente Gaubertin, después de haberse alejado del violento coracero.

—Ya veremos lo que piensa de vos la policía correccional, respondió Montcornet encogiéndose de hombros.

Al oirse amenazar con un proceso, Gaubertin miró al conde sonriéndose. Esta sonrisa tuvo la virtud de detener el brazo del general como si le hubiesen cortado los nervios. Expliquemos esta sonrisa.

Hacía ya dos años que un cuñado de Gaubertin, llamado Gendrin, juez de primera instancia de la Ville-aux-Fayes durante muchos años, había sido nombrado presidente gracias á la protección del conde de Soulanges. Nombrado par de Francia en 1814, y habiendo permanecido fiel á los Borbones durante los Cien Días, el señor Soulange había pedido este nombramiento al ministro de Justicia. Este parentesco daba á Gaubertin una gran importancia en el país. Relativamente, un presidente de un tribunal es, en un pueblo, mayor personaje que un primer presidente en una ciudad, en que encuentra iguales suyos en el general, en el obispo, en el prefecto, el recaudador general, mientras que

un presidente de audiencia en un pueblo no los encuentra, pues el cargo de procurador del rey y el de subprefecto son amovibles y destituibles. El joven Soudry, el compañero de Gaubertin hijo, lo mismo en París que en los Aigues, acababa de ser nombrado procurador del rey del departamento. Antes de llegar á ser cabo de gendarmes, Soudry padre, furriel de artillería, había sido herido en cierta ocasión defendiendo al señor de Soulanges, mariscal de campo á la sazón. Cuando se creó la gendarmería, el conde de Soulanges, coronel entonces, pidió para su salvador el mando de la brigada de Soulanges; y, más tarde, solicitó el puesto en que Soudry hijo había debutado. Finalmente, siendo cosa hecha ya el casamiento de su hija con el comerciante del muelle de Bethune, el infiel administrador se creía más fuerte en el país que un teniente general con mando.

Aunque esta historia no hubiese de ofrecer más enseñanza que la que pueda resultar de la cuestión entre el general y su administrador, sería ya muy provechosa para muchas gentes para su conducta en la vida. Al que sabe leer fructuosamente á Maquiavelo, le queda demostrado que la prudencia humana consiste en no amenazar nunca, en obrar sin decir, en favorecer la retirada de su enemigo sin perseguirle, y en guardarse, como de un asesino, de herir el amor propio de nadie, por muy pequeño que sea. El golpe material, por muy perjudicial que sea á los intereses, se perdona á la larga, y llega uno á explicárselo de mil maneras; pero el amor propio, que sangra siempre del golpe que ha recibido, no perdona nunca. La personalidad moral es más sensible y más rencorosa en cierto modo que la personalidad física. El corazón y la sangre son menos impresionables que los nervios. En una palabra, hagamos lo que hagamos, nuestro interior nos domina. Se reconcilian dos familias que se han matado mutuamente, como en Bretaña y en Vendée cuando las guerras civiles; pero no se reconciliarán los despojados y los despojadores, los calumniados y los calumniadores. Nunca debe injuriarse á nadie nada más que en los poemas épicos antes de darse la muerte. El salvaje, el aldeano, que tiene mucho de salvaje, no hablan nunca á no ser para tender lazos á sus adversarios. Desde 1789, Francia procura hacer creer á los hombres, contra toda evidencia, que son todos iguales; decir á un hombre;

«¡Sois un pillol!» es una broma sin consecuencia; pero próbarsele cogiéndole *in fraganti* y dándole latigazos; pero amenazarle con procesarle sin llevarlo á cabo, es llevarle á la desigualdad de condiciones. ¿Si la masa no perdona ninguna superioridad, cómo ha de perdonar un bribón á un hombre honrado?

Si Montcornet hubiese despedido á su administrador bajo pretexto de tener que cumplir algunos compromisos colocando en su lugar á un antiguo militar, seguramente que ni Gaubertin ni el general se hubiesen engañado, ambos se hubiesen comprendido recíprocamente; pero el general, no hiriendo el amor propio de Gaubertin, le habría proporcionado una puerta de salida, y éste hubiese dejado tranquilo al gran propietario, hubiese olvidado su derrota, y acaso hubiese procurado ir á emplear sus capitales á París. Ignominiosamente arrojado, el administrador guardó á su amo uno de esos odios que son un elemento de existencia en provincias, y cuya duración, persistencia y tramas asombrarían á los diplomáticos, acostumbrados á no asombrarse de nada. Un crudo deseo de venganza le decidió á retirarse á la Ville-aux-Fayes, para ocupar allí una posición que le permitiese perjudicar á Montcornet y crearle el número de enemigos suficiente para obligarle á que volviese á poner en venta los Aigues.

Todo engaño al general, pues el exterior de Gaubertin no era propio para poner en guardia ni asustar á nadie. Por tradición, el administrador afectó siempre, si no pobreza, al menos escasez. Esta regla de conducta la había aprendido de su predecesor. Hacía ya doce años que con cualquier motivo, sacaba á relucir sus hijos, su mujer y los enormes gastos causados por su numerosa familia. La señorita Laguerre, ante la cual Gaubertin se había mostrado siempre pobre para poder pagar la educación de su hijo en París, había sufragado todos los gastos de ésta; daba cien luises al año á su querido ahijado, pues era la madrina de Claudio Gaubertin.

Al día siguiente, acompañado de un guardia llamado Piernacorta, fué á pedir con gran arrogancia al general su finiquito, mostrándole la aprobación de cuentas hecha en términos halagüeños por la señorita, y le rogó muy irónicamente que viese el estado en que se encontraban sus inmuebles y sus propiedades. Si había recibido gratificacio-

nes de los compradores de leña y de los inquilinos al renovar los arriendos, dijo que era porque la señorita Laguerre le había autorizado siempre, y no solamente salía ganando con ello, sino que de aquel modo gozaba de tranquilidad. En el país se hubiesen dejado matar por la señorita, mientras que continuando de aquel modo, el general se preparaba muchos disgustos.

Gaubertin (y este rasgo es muy frecuente en la mayor parte de las profesiones en que se apropia del bien ajeno por medios no previstos por el Código) se creía un hombre honrado á carta cabal. En primer lugar, poseía hacia ya mucho tiempo el dinero extirpado por el terror á los inquilinos de la señorita Laguerre, que había sido pagada en papel moneda, y cuya diferencia del dinero consideraba él muy legítimamente adquirida. Este fué un negocio de cambio. A la larga, pensaba asimismo haber corrido riesgo aceptando los escudos. Además, legalmente, la señora no tenía que recibir más que papel moneda. ¡El adverbio *legalmente*, es un adverbio que apoya muchas fortunas! Finalmente, desde que existen grandes propiedades y administradores, es decir, desde el origen de las propiedades, el administrador se ha formado para su uso un razonamiento que practican hoy las cocineras, y que expresado con la mayor sencillez, es el siguiente:

—Si mi dueña, se dicen todas las cocineras, fuese ella misma al mercado, acaso pagaría las provisiones más caras de lo que yo las pago; por lo tanto, con mi gestión sale ganando, y el beneficio que obtiene vale más que vaya á mi bolsillo que no al de los comerciantes.

—Si la señorita explotase por sí misma los Aigues, no sacaría de ellos más de treinta mil francos; los aldeanos, los comerciantes, los obreros, le robarían la diferencia: es, pues, natural que yo me guarde la diferencia, y de ese modo la ahorro muchos quebraderos de cabeza, se decía Gaubertin.

La religión católica es la única que tiene poder para impedir semejantes capitulaciones de conciencia; pero, desde 1789, la religión no tiene fuerza en las dos terceras partes de población de Francia. Así es que los aldeanos, cuya inteligencia es muy despejada, y á quienes la miseria conduce á imitar los malos ejemplos, habían llegado á un estado espantoso de desmoralización en el valle de los Aigues. Iban

á misa el domingo, pero se quedaban fuera de la iglesia, en donde tenían la costumbre de darse cita para efectuar sus mercados y tratar de sus negocios.

Ahora se debe calcular todo el daño producido por la incuria y el abandono del primer miembro de canto de la Academia real de música. Por egoísmo, la señorita Laguerre había hecho traición á la causa de aquellos que poseen, exponiéndolos al odio de los que no poseen. Desde 1792, todos los propietarios de Francia se han hecho solidarios. ¡Ay de mí! Si las familias feudales, menos numerosas que las familias burguesas, no han comprendido su solidaridad ni en 1400, bajo Luis XI, ni en 1600, bajo Richelieu, ¿puede creerse que, á pesar de las pretensiones del siglo xix al progresó, la burguesía ha de estar más unida de lo que estuvo la nobleza? Una oligarquía de cien mil ricos tiene todos los inconvenientes de la democracia, sin tener sus ventajas. *El cada uno en su casa, cada cual para si*, el egoísmo de familia matará el egoísmo oligárquico, tan necesario á la sociedad moderna, y que Inglaterra practica admirablemente desde hace tres siglos. Hágase lo que se quiera, los propietarios no comprenderán la necesidad de la disciplina, que hizo de la Iglesia un admirable modelo de gobierno, hasta el momento en que se vean amenazados en sus casas, y entonces será demasiado tarde. La audacia con que el comunismo, esa lógica palpitante y activa de la democracia, ataca á la sociedad en el orden moral, anuncia que desde hoy el Sansón popular, que se ha hecho prudente, mina las columnas sociales en la bodega, en lugar de sacudirlas en la sala del festín.

CAPÍTULO VII

ESPECIES SOCIALES DESAPARECIDAS

La tierra de los Aigues no podía pasar sin un administrador, pues el general no quería renunciar á los placeres del invierno en París, en donde poseía un magnífico palacio en la calle Neuve-des-Mathurins. Buscó, pues, un suce-

sor á Gaubertin; pero, á decir verdad, no buscó con más cuidado del que Gaubertin empleó para proporcionarle uno de su mano.

De todos los empleos de confianza, no hay ninguno que exija mayor cantidad de conocimientos adquiridos, ni más actividad que el de administrador de una gran tierra. Esta dificultad no es conocida más que de los ricos propietarios, cuyos bienes están situados á la otra parte de una cierta zona en torno de la capital, y que empieza á una distancia de unas cuarenta leguas. Aquí cesan las explotaciones agrícolas, cuyos productos encuentran en París salida segura, y que dan rentas aseguradas por largos arrendamientos, para los cuales existen numerosos inquilinos, ricos á su vez. Estos inquilinos van en cabriolé á llevar sus alquileres en billetes de Banco, si sus criados, cuando van al mercado, no se encargan de hacer el pago. Así es que las casas de campo situadas en Seine-et-Oise, en Seine-et-Marne, en el Oise, en Eure-et-Loir, en el Sena inferior y en el Loiret, son tan rebuscadas, que á los capitales no se les puede sacar allí siempre más de el uno y medio por ciento. Comparado con la renta de las tierras en Holanda, en Inglaterra y en Bélgica, este producto es aún enorme. Pero, á cincuenta leguas de París, una tierra considerable implica tan diversas explotaciones, productos de tan diferente naturaleza, que constituye una industria con todos los riesgos de una fábrica. Hay rico propietario que viene á ser un comerciante, obligado á dar salida á sus productos, ni más ni menos que si fuese un fabricante de hierro ó de algodón. Ni siquiera evita la competencia; pues el aldeano, el pequeño propietario, se la hace encarnizada, descendiendo á transacciones inaceptables por gente de conciencia.

Un administrador debe saber agrimensura, las costumbres del país, sus medios de venta y de explotación, un poco de malicia para defender los intereses que le están confiados, gozar de una excelente salud y tener un gusto particular por la vida activa y la equitación. Encargado de representar al amo, y siempre en relación con él, el administrador no puede ser un hombre del pueblo. Como hay pocos administradores que disfruten de un sueldo mayor de mil escudos, este problema parece insoluble. ¿Cómo encontrar tantas cualidades por un precio módico, en un país en que las gentes que las poseen pueden optar á toda clase de empleos?... Hacer